

# PROBLEMAS EN TIMOR ORIENTAL

CHERYL  
CROUCH



Casa Nazarena de Publicaciones

Publicado por:  
Casa Nazarena de Publicaciones  
17001 Prairie Star Parkway  
Lenexa, KS 66220 EUA

Correo electrónico: [informacion@editorialcnp.com](mailto:informacion@editorialcnp.com)

Página en Internet: [www.editorialcnp.com](http://www.editorialcnp.com)

Título original en inglés:

Trouble in East Timor  
Cheryl Crouch  
Editor: Donna Manning  
Cover Design: Darlene Filley  
Inside Design: Sharon Page  
Copyright © 2010  
Publicado por Beacon Hill Press of Kansas City  
A division of Nazarene Publishing House  
Kansas City, Missouri 64109 USA.

This edition published by arrangement  
With Nazarene Publishing House  
All Rights reserved

Publicado en español con permiso de  
Nazarene Publishing House de Kansas City, Missouri 64109 USA.  
Copyright © 2011  
Todos los derechos reservados.

ISBN 978-1-56344-703-7

Traducción: Belmonte Traductores  
Diseño de portada: Darlene Filley  
Diseño interior: Natanael Picavea

Categoría: Misionera

Excepto, para breves citas, ninguna parte de este libro puede ser reproducida, almacenada o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio sin la previa autorización escrita de la editorial.

Nota: Estas historias están basadas en acontecimientos reales que enfoca la en manera en que la Iglesia del Nazareno alcanza a los jóvenes con problemas en Timor Oriental (ahora oficialmente reconocido como Timor-Leste).

# CONTENIDO

1. Surgen los problemas	5
2. El otro lado del mundo	11
3. El plan	17
4. De nuevo en Timor Oriental	21
5. Las organizadoras de la fiesta	27
6. El centro juvenil	31
7. Cambio de planes	35
8. Un nuevo descubrimiento	41
9. ¡Sorpresa!	47
10. El jugador más valioso	53

# **DEDICATORIA**

A mis queridos amigos Warren y Janet Neal, quienes junto a la misionera Acy Lodja, fueron pioneros en la obra de la Iglesia del Nazareno en Timor Oriental, ahora reconocido oficialmente como Timor-Leste.

# I SURGEN LOS PROBLEMAS

LaTeesha se sentó en la cafetería de la escuela y estiró su cuello buscando a Sidney. “Debe estar por aquí”, pensaba LaTeesha. “Aquí es donde nos sentábamos todos los días el año pasado”.

Sin embargo, era el primer día de un nuevo año escolar. ¿Será que se habían equivocado en cuanto a tener la misma hora para almorzar?

¡De ninguna manera! LaTeesha no podía imaginarse almorzar durante todo un año escolar sin su mejor amiga. La encantadora y chispeante Sidney que hacía que todo fuera divertido, incluso un día aburrido de clase.

LaTeesha le dio un mordisquito a su sándwich de crema de cacahuete y miel, y de repente sintió que no tenía hambre. Miró de nuevo hacia la puerta de la cafetería. Por fin vio a Sidney dirigiéndose hacia ella. El largo cabello rubio y rizado de su amiga se movía con cada paso que daba. LaTeesha se tocó sus tensos rizos negros y se acordó de que Sidney siempre decía que quería que intercambiaran sus cabellos. LaTeesha pensaba que estaba loca.

“Hola, LaTeesha”, dijo Sidney, “¿a quién buscas?”

LaTeesha le devolvió a Sidney una gran sonrisa. “A mi compañera de almuerzo número uno”, respondió. “Casi había perdido la esperanza de encontrarla”.



Sidney arrojó su moderna neverita sobre la mesa y se sentó. Bajó su tono de voz y se inclinó. “No vas a creer porqué llego tarde. Tengo unas noticias estratosféricamente buenas”.

“¿Estratosféricamente?” preguntó LaTeesha. Luego mordió su sándwich mientras escuchaba a su amiga.

“Estratosféricamente es mi nueva palabra”, dijo Sidney. Abrió su neverita y sacó un postre. Sidney siempre se comía primero el postre. Entre bocado y bocado, le explicó: “La estratosfera está en el espacio exterior o algo así. Hablamos de ello en ciencias. Da igual, las demás palabras buenas ya están ocupadas. Necesito mi propia frase, ¿sabes? La gente que está a la moda siempre tiene sus propias frases”.

LaTeesha sonrió y meneó su cabeza. “Eres tan yabuzel”.

Los grandes ojos verdes de Sidney se agrandaron aún más. “¿Muy qué?”

“Yabuzel”, contestó LaTeesha con cara totalmente seria. “Es mi nueva frase, y significa boba. O tonta. O...”

Sidney le interrumpió. “Ya entendí”.

“¿Estás segura? También podría significar...”

“¿Qué, no vas a oír mis noticias?”, dijo Sidney haciendo una mueca.

LaTeesha intentó parecer decepcionada. “Pero tengo que oír las noticias. Nunca antes he oído algo estratosférico”.

Sidney puso su vasito del postre vacío a un lado y sacó un sándwich. “Bien. Después de la clase de ciencias, ioí que Josey le decía a María que no va a intentar pasar las pruebas deportivas!” “¿En serio?” preguntó LaTeesha. “¡Si Josey no lo intenta, tampoco lo hará ninguna de sus amigas! ¡Eso dejaría vacantes al menos cinco o seis puestos! Aún más si los demás se enteran. Tienes razón, Sidney.

¡Esto es estratosférico!” Ella abrazó a su amiga. “Ahora tenemos más oportunidad de entrar”.

“¿Eh?” preguntó Sidney, apartándose de su amiga. “Si Josey no va a hacer las pruebas, ¿cuál es el sentido de eso?”

“Se trata de hacer deporte, ir a todos esos viajes divertidos y ganar trofeos. “Vamos”, dijo LaTeesha, “¿desde cuándo hace Josey los planes por nosotras? Nosotras no estamos en su grupo de amigas”.

“Es cierto”. La mirada de Sidney se dirigió con nostalgia hacia la mesa donde se sentaban Josey y todas las chicas populares de la escuela. El grupo estalló en risas por algo, probablemente algún chiste entre ellas. “No sé”, continuó Sidney. “Los deportes no serán lo mismo este año. Todo el mundo está haciendo las pruebas para el coro”.

“¿Todos?”

“Eso es lo que dijo Josey”.

LaTeesha hizo un gesto de fastidio con sus ojos. “Sidney, nos pasamos todo el año pasado desanimadas por no haber hecho las pruebas deportivas. Después nos pasamos todo el verano entrenando para las pruebas de este año. Hemos estado soñando con lo divertido que será si las pasamos. Ahora no voy a dejar que Josey lo arruine. Lo único que me importa es que tú estés en el equipo deportivo conmigo”.

En ese preciso momento, el grupo de Josey pasó por delante pavoneándose para salir de la cafetería. Hablaban y se reían en voz alta mientras los chicos y chicas “ordinarios” que llenaban la cafetería, miraban asombrados.

LaTeesha casi no podía creer cuando Josey se detuvo junto a su mesa, sonriéndole a Sidney.

“Hola Sidney”, dijo con su voz chillona, “¿no tienes matemáticas ahora? Vente con nosotras”.



Sidney no podía salir de al lado de LaTeesha tan rápido como hubiese querido. “¡Claro, Josey!” dijo rápidamente y con demasiada avidez. Agarró su neverita y se puso en pie. “Hablaremos luego”, le susurró a LaTeesha. “Pero no cuentas conmigo para lo del deporte”.

Mientras LaTeesha veía cómo su mejor amiga se hacía sitio en medio del grupo de las populares, el último bocado del sándwich de crema de cacahuete y miel se le atascó en la garganta. No pasaba más allá por el enorme nudo que se le estaba haciendo. “Sí, claro”, pensó. “Parece que no puedo contar contigo para nada”.

¿Qué le había ocurrido a su mejor amiga y a todos sus maravillosos planes? Durante el verano, ella y Sidney se habían visto cada semana para hacer estiramientos, correr y levantar pesas. Gastaron su dinero semanal comprando balones de voleibol, baloncesto y zapatillas para correr. Practicaron jugadas y remates, pases y tiros.

En algún momento del proceso, realmente se convirtieron en atletas de verdad. Sus ejercicios dejaron de parecerles una tortura y empezaron a ser divertidos. Fue entonces cuando LaTeesha supo que su sueño se haría realidad; ambas estarían en el equipo de Ozark Upper Elementary.

Ahora la esperanza en LaTeesha se desvanecía como un globo de fiesta que se revienta. ¿Podría la presumida Josey realmente entrar y aplastar el sueño de LaTeesha en un milisegundo?

“¡No!” decidió LaTeesha. “No me rendiré sin luchar”.



## 2

# EL OTRO LADO DEL MUNDO

Alfredo estaba de pie con sus ojos fijos en el pequeño televisor que emitía en inglés a todo volumen. No entendía el idioma, pero eso no importaba. Alfredo consideraba que Los Angeles Lakers era el mejor equipo de baloncesto del mundo. Y no necesitaba que los comentaristas le dijeran que el número 24 se la pasó al número 9, quien se arqueó en el aire para anotar tres puntos.

Alfredo victoriaba. Sin embargo, sus gritos se convirtieron en una tos dolorosa, y le costaba respirar. Odiaba la desconocida enfermedad que había invadido su cuerpo, haciendo que las cosas más sencillas se vuelvan difíciles para él.

Cuando Alfredo pudo volver a respirar, tuvo que moverse hacia la derecha, porque alguien más alto frente a él le impedía ver. Eso pasaba a menudo. Una razón era que Alfredo era pequeño para tener 12 años, probablemente debido a que siempre estaba enfermo. Otra razón era que a los hombres de la ciudad también les gustaban Los Angeles Lakers, y todos sabían que la tienda del Sr. Tim tenía el mejor televisor de ese pequeño rincón de Timor Oriental, su país isleño.

“Hombre, ¿qué haces?” susurró alguien.

Alfredo miró hacia su izquierda y vio a Richie, un niño al que reconoció de la ciudad. “¿Qué crees que estoy haciendo?” preguntó Alfredo. “Estoy viendo el partido”.

“Exactamente”, dijo Richie. “Al menos deberías hacer como que estuvieras comprando algo, hombre. Agarra algo de los estantes de vez en cuando. Mira los precios”.

Alfredo no se molestó en quitar sus ojos de la pantalla esta vez. “¿Por qué?” preguntó. “El Sr. Tim sabe que no voy a comprar nada”. La tienda del Sr. Tim era como un segundo hogar para Alfredo. De hecho, a veces era mejor que su propio hogar.

“Te va a gritar y te echará a patadas de su tienda”, dijo Richie.

“No me va a gritar por...”

“¡Eh, Alfredo!” grito el Sr. Tim, “Esto es una tienda y no un cine. Compra algo o sal de aquí”.

Richie le echó una mirada a Alfredo como diciendo: “¿Lo ves?”

“Vamos, Sr. Tim”, Alfredo le rogó al propietario, dándole su mejor sonrisa. “Usted sabe que tengo que ver a mi equipo”.

El Sr. Tim soltó una carcajada, y las arrugas alrededor de sus ojos marrones se ahondaron. “¿Tu equipo? ¿Qué le importa al gran equipo de Los Lakers un niño flacucho de Timor Oriental? Ni siquiera estás en el mismo lado del mundo”.

Alfredo miró al piso y balbuceó: “Al menos no estoy rompiendo ventanas y armando líos como...”

“¿Como quién?” retumbó una voz detrás de él.

Alfredo reconoció la voz de José. Era el líder de una pandilla local. José tenía 16 años. A diferencia de Alfredo, él no era pequeño para su edad, y a diferencia de Alfredo, él sí había roto ventanas y armado uno que otro lío.

Alfredo tragó saliva y miró detrás de él, buscando los enojados ojos de José. “Como...mmm, no sé”, tartamudeó. “Tú no, ¿verdad?”.

“¡Claro!” respondió José, saliendo lentamente por la puerta. “Y no lo olvides”.

Alfredo pestañeó. ¿Había un bulto debajo de la camiseta de José? ¿Habría robado algo de la tienda del Sr. Tim? ¿En qué problemas se iría a meter ahora?

Algunos de los hombres de la tienda debían de haber estado pensando cosas similares sobre José.

“Ese chico está hecho un desastre”, dijo el hombre más alto.

Otro hombre meneó su cabeza. “¿Qué les ocurre a los adolescentes de hoy día?”

“Lo mismo que nos ocurre a todos nosotros”, respondió el Sr. Tim. “¿Quién no está enojado con lo que sucedió aquí hace...” Se detuvo y aclaró su garganta. “No hablaré de ello ahora. Hay niños presentes”.

Alfredo suspiró. ¿Cuándo oiría la historia completa sobre su misterioso pasado? Se estiró todo lo que pudo. “¡Vamos, Sr. Tim! Richie y yo tenemos 12 años. Somos prácticamente unos hombres. ¿Tan malo es como para no poder oírlo?”

El hombre alto dijo: “¿Qué es tan malo?” Miró a los otros hombres y habló como si Alfredo no pudiera oírle. “Mírenlo. El está bien, pero ¿qué futuro tiene? Sus padres no pueden pagarle la escuela, así que tiene que vagar por las calles”.

Desde el fondo de la tienda alguien gritó: “Debería conseguirse un trabajo”.

El Sr. Tim resopló. “¿Qué tipo de trabajo podría encontrar un niño enfermizo de 12 años? Ni siquiera hay suficiente trabajo para los hombres”.

“¿Saben tus padres dónde estás, Alfredo?” preguntó otra persona.

Alfredo se encogió de hombros y actuó como si no le importara lo que esos hombres pensarán de él. Era aún

más difícil fingir que no le importaba que sus padres raramente se preocuparan por él. “No les importa mientras no me meta en líos”.

“Por supuesto que no. ¿Por qué se deben preocupar?” se quejó el Sr. Tim, pasando su mano por su pelo grisáceo. “Dejen que el Sr. Tim cuide de todos los niños de la ciudad ¿verdad? Me alegro de que el equipo de la Iglesia del Nazareno esté comenzando un centro juvenil”. Le dio un codazo a Alfredo en el hombro con cordialidad. “Te dará otro lugar donde estar. Así no te tendré encima todo el tiempo”.

“¿Centro juvenil?” Eso captó la atención de Alfredo.

El Sr. Tim sonrió. “Eso es lo que escuché. Deberías informarte”.

“Claro”, asintió Alfredo. “Después que los Lakers acaben con los Mavericks”.

“¿De dónde viene esa pasión por el baloncesto?” preguntó el Sr. Tim.

Alfredo miró el televisor mientras pensaba en ello. Le había gustado el baloncesto desde que él podía recordar. Le gustaba ver la manera en que los jugadores de baloncesto usaban sus habilidades individuales, y a la vez jugaban en equipo. Sabía que el baloncesto requería destreza e inteligencia.

“Probablemente el baloncesto le hace olvidarse de sus problemas”, dijo el hombre alto. “Mírelo. Está tan absorto en el juego que ni siquiera se ha dado cuenta de que le has hecho una pregunta”.

Alfredo hizo una mueca. Eso es lo que dejaría que todo el mundo pensara. En parte tenían razón con el asunto del baloncesto. La verdad que mantenía su mente alejada de los problemas que tenía en Timor Oriental y en su casa. Sus padres aún creían en los espíritus malignos y las maldiciones. Vivían con el temor de enojar a los espíritus. Eso hacía que en su casa la vida fuera difícil.



Alfredo no estaba seguro qué debía creer. Había visto cómo el brujo usaba pociones y hechizaba. Daba miedo. Sus padres querían que el brujo curase la tos de Alfredo. Hasta ahora, Alfredo había conseguido posponer la visita. No sabía cuánto tiempo más podría seguir evitándolo; no quería enojar a los espíritus, pero tampoco quería pasar su vida temiéndoles. Le gustaría que hubiera una mejor manera de vivir.

“Por ahora, el baloncesto es lo mejor que se puede conseguir, ¡especialmente un partido como este!” pensó Alfredo. ¡Los equipos estaban empatados y faltaban 10 segundos para terminar! Entonces, el número 2 de los Lakers le pasó la pelota al número 24 por dentro. El número 24 hizo una entrada justo cuando sonó la bocina. ¡La pelota entró en la canasta! ¡Los Lakers ganaron por dos puntos!

Todos en la tienda aclamaron. Alfredo se volvió loco, gritando y tosiendo y gritando nuevamente.

“Pobre Alfredo”, dijo el hombre alto. “Veo que te gusta mucho el baloncesto. Qué lástima que nunca vayas a poder jugar”.

Alfredo se levantó erguido. “Algún día jugaré”, dijo con confianza.

El Sr. Tim puso su brazo alrededor del chico. “Claro que sí. Nuestro pequeño Alfredo algún día jugará con los Lakers”.

“De hecho”, dijo Alfredo, “quiero jugar en el equipo de Timor Oriental. En las Olimpiadas”.

Todos en la tienda guardaron silencio mientras los hombres lo miraban atónitos. Después, todos en la tienda comenzaron a reírse en voz alta.

De repente, Alfredo sintió que su sueño más querido comenzaba a morir. Reprimió sus lágrimas y echó sus delgados hombros para atrás. “No”, pensó, “algún día jugaré. No tiraré la toalla sin luchar”.



### 3

## EL PLAN

LaTeesha golpeó el toque súper secreto en la ventana de Sidney.

Tap. Tap-tap. Tap. Tap. Pausa. Tap. Tap.

Vio abrirse las cortinas e intentó no sonreír cuando uno de los ojos verdes de Sidney alcanzó a verla.

“Sidney no ganará hoy”, se prometió LaTeesha a sí misma. “Voy a estar enojada aunque Sidney se comporte de una manera cursi, apenada o patética”.

Resopló con enojo para demostrar lo enojada que estaba.

“¿Entonces qué hago aquí?” preguntó al aire.

“¿Qué estás haciendo aquí?” contestó la voz de Sidney detrás de ella. “¡Has venido a verme, claro!”

LaTeesha se volteó y vio a Sidney acomodándose sus rubios bucles detrás de sus hombros, como hacía Josey.

“Y llegas justo a tiempo”, prosiguió Sidney. “¡Tengo unos planes estratosféricos para tu fiesta de cumpleaños!”

LaTeesha meneó su cabeza. Sidney siempre salía con algo tan de la nada que no podía seguirle. Ni continuar enojada.

“No voy a hacer fiesta de cumpleaños”, dijo LaTeesha.

Sidney se dio la vuelta quejándose, y luego le dio un abrazo a LaTeesha. “Ahora sí, la tendrás”, iy toda la escuela hablará de ella!”

LaTeesha dio un paso hacia atrás. “¡Oh no, no lo harás! ¡No vas a usar mi fiesta de cumpleaños para hacerte más popular, señorita Sidney Anne Lewinski!”

La sonrisa de Sidney se desvaneció. “¡LaTeesha! ¡Yo nunca haría eso!”

“Vamos, deja esa mirada de cachorrita”, se quejó LaTeesha. “Después de nuestro almuerzo de hoy, ¿cómo quieres que confíe en ti? Parecía que lo único que te importaba era quedar bien con Josey”.

Los ojos de de la cachorrita Sidney se iluminaron y dijo: “¿No fue irreal? ¿Viste como todo el grupo me esperó? Josey me habló todo el camino hasta la clase de matemáticas y me guardó un asiento a su lado”. Sidney fingió un síncope, dejándose caer sobre la hierba.

Antes de que pudiera detenerse, LaTeesha se rió de las tonterías de su amiga.

Sidney se sentó y le sonrió con una sonrisa muy contagiosa. “¿De qué crees que se trataba toda la estratosfera, LaTeesha? ¿Crees que Josey realmente piensa que soy lo bastante popular como para estar conmigo?”

LaTeesha se desplomó sobre la hierba junto a su amiga. “Si no lo cree, no es tan impresionante como todos piensan que es. Tú lo tienes todo, Sidney. Eres guapa, divertida y buena en todo. Por supuesto que Josey quiere ser amiga tuya”.

“¡Eres muy dulce! Pero no sé. Me da miedo creérmelo”.

“A mí también”, susurró LaTeesha.

“¿Qué?”

LaTeesha respiró profundamente e intentó explicarle. “Ya sabes, no entiendo bien todo esto de Josey, pero eres mi mejor amiga en todo el universo, Sidney. Por eso, si quieres estar en el grupo de Josey, pues...” LaTeesha se detuvo para tragar. “Sé que no soy hermosísima ni súper

popular ni nada de eso, así que entiendo por qué...”

“¡Sí lo eres!” le interrumpió Sidney. “¡Eres muy hermosa y más que increíble!”

LaTeesha intentó sonreír. “Entonces ¿por qué ya no quieres estar conmigo?”

“¡LaTeesha! ¿Pensaste que quería abandonarte para irme con el grupo de Josey?”

LaTeesha asintió con la cabeza.

“¡Oh, no, claro que no, chica!” exclamó Sidney. De un salto se puso en pie y la tomó de la mano a LaTeesha ayudándole a levantarse también.

“Es como tú has dicho”, comenzó Sidney. “Por alguna extraña razón, aparentemente ya estoy dentro. Eso significa que lo único que tenemos que hacer ahora es conseguir que tú también entres al grupo”.

“Las campanas de alarma comenzaron a sonar en la cabeza de LaTeesha. Los planes de Sidney a menudo terminaban en desastre. Tenía que detener eso aquí y ahora. “Sidney, yo no...”

“¡No hay problema!” interrumpió Sidney. “Lo tengo todo resuelto. Estoy planeando una fiesta tan increíble que nadie querrá perdérsela. Será un éxito masivo”. Sus ojos chispeaban. “¡Estamos hablando de un gran futuro para ti, LaTeesha! Antes de que soples las velas de este año, serás una de las chicas más populares que haya caminado jamás por los pasillos de Ozark Upper Elementary”.



# 4 DE NUEVO EN TIMOR ORIENTAL

La noche después del partido de los Lakers, Alfredo regresó a la tienda del Sr. Tim. Le caía bien el dueño de la tienda, y pensaba que él también le caía bien al dueño. Quería saber por qué el Sr. Tim se rió de su sueño de jugar al baloncesto.

También le llevó allí una cosa más. Quería saber qué había ocurrido en Timor Oriental años atrás para que nadie quisiera hablar de ello. Fuera lo que fuese, debió de haber sido horrible.

Pero, primero lo primero. Cuando el Sr. Tim terminó de atender a un cliente, Alfredo se acercó rápidamente y le preguntó suavemente: “¿Por qué no cree que jugaré algún día al baloncesto?”

El Sr. Tim sonrió, pero sus ojos parecían tristes. “Hay algunos problemas con tu plan”, dijo. “En primer lugar, Timor Oriental no tiene un equipo de baloncesto olímpico”.

Alfredo echó un vistazo alrededor de la tienda. Le incomodaba que el Sr. Tim hablara en voz tan alta. Había otros clientes en la tienda. Alfredo quería oír el consejo del Sr. Tim, no el de todos ellos.

Demasiado tarde.

“Nuestro país nunca tendrá un equipo de baloncesto”, dijo el hombre alto, uniéndose a la conversación. “Timor Oriental no tiene dinero para entrenar deportistas”.

“Pero estamos enviando a alguien a competir en el maratón olímpico. Lo oí en la radio”, dijo Alfredo.

El hombre soltó una risa. “¿Qué necesita una persona para entrenar para un maratón? Sus dos pies y una carretera larga. Eso es todo”.

El Sr. Tim suspiró. “Vi en las noticias que nuestros atletas se están preparando para las Olimpiadas especiales. Están compitiendo en tenis en silla de ruedas con una sola silla, así que hacen turnos para entrenar”.

“No se necesitaría mucho para entrenar al baloncesto”, dijo Alfredo.

El hombre alto elevó sus cejas. “Un balón de baloncesto sería útil. ¿Tienes uno?”

Alfredo miró hacia abajo. “Bueno, no”, contestó. “Aún no”.

“¿Y cómo vas a conseguir uno?” preguntó el Sr. Tim. Sus ojos oscuros eran amables. “Un balón de baloncesto cuesta 20 dólares. Ninguno de nosotros gana ese dinero en un mes”.

El hombre alto se cruzó de brazos y miró hacia abajo a Alfredo. “Probablemente ni siquiera hayas tocado nunca un balón de baloncesto”.

“¡Sí, he tocado uno!” se animó Alfredo mientras lo recordaba. “Una vez fui a visitar a mi tío en la ciudad y jugué un partido de baloncesto en un centro deportivo que había allí”. Alfredo se cubrió la boca mientras un ataque de tos sacudía su cuerpo. Recuperando la respiración nuevamente, terminó: “Y yo jugué bien”.

El Sr. Tim intercambió una mirada de preocupación con el otro hombre. “¿Cómo es posible que lograras jugar, Alfredo? Si el simple hecho de hablar te produce tos”.

“Es que no siempre he tenido esta tos”, explicó Alfredo. “Pero ahora me estoy acostumbrando. No dejaré que

esto me lo impida. Timor Oriental tendrá un equipo de baloncesto olímpico algún día. Serán héroes, ya lo verán”.

El hombre alto acarició su barbilla pensativo. “¿Héroes? Sr. Tim, ¿recuerdas el año 2000?”

Alfredo sonrió. El hombre había invitado al Sr. Tim a contar una de sus historias favoritas.

“Bueno, ahora, veamos”, comenzó el Sr. Tim, mientras todos se acercaban a él. “Antes de que puedan apreciar lo que ocurrió en las Olimpiadas del 2000, tienen que saber lo que ocurrió en Timor Oriental en el año 1999”. El viejo miró profundamente a los ojos de Alfredo. “¿Tú tenías... qué? ¿Un año por ese entonces? Probablemente nunca hayas oído toda la historia”.

Alfredo no se movió; ni siquiera se atrevía a respirar. ¿Descubriría finalmente qué horrible acontecimiento había cambiado la historia de su país?

El Sr. Tim suspiró. “Quizá sea la hora de hablar de ello. Comencemos con una lección de historia. Nuestro país había sido una colonia portuguesa desde 1520”.

“Se acuerda cuando los portugueses llegaron por primera vez, ¿verdad, Sr. Tim?” bromeó alguien desde atrás en la tienda.

El Sr. Tim se rió. “Adelante, continúe riéndose de mi edad. Estoy orgulloso de cada una de estas canas”.

“Le quedan tan pocas que probablemente le ha puesto nombre a cada una de ellas”, dijo otro hombre, haciendo que todos se rieran.

El Sr. Tim sonrió y continuó. “En 1975, Portugal se retiró de nuestro pequeño país. Nueve días después de que Timor Oriental declaró su independencia, Indonesia nos invadió. Ellos gobernaron durante los siguientes 25 años”.

“Y la gente no estaba contenta con la forma en que gobernaban”, comentó un cliente.

El Sr. Tim asintió. “Correcto. Así que cuando Indonesia nos ofreció la oportunidad de votar para conseguir nuestra independencia, la mayoría votó que sí”.

“Y fue entonces cuando realmente la cosa se puso fea”, dijo el hombre alto.

“Los soldados indonesios destruyeron todo lo que pudieron antes de irse”, dijo el Sr. Tim. “Ciudades enteras. Muchas personas murieron. Esposas, maridos, madres y padres. Otros huyeron del país”.

Todos en la tienda enmudecieron. Nadie hacía bromas ni sonreía ahora. Alfredo miraba sus caras tristes. Todas las partes de otras conversaciones que había oído antes ahora tenían sentido. Esas personas habían perdido familiares, hogares y negocios.

El Sr. Tim miró a Alfredo y añadió: “Han pasado 10 años, y aún no nos hemos recuperado”.

De repente, Alfredo deseó que el Sr. Tim no le hubiera contado esa parte de la historia. “Ir a las Olimpiadas”, rogó.

“No es necesario, Alfredo. Ya estoy ahí. Mira, no lo sabíamos, pero el resto del mundo se estaba enterando de nuestra lucha por ser una nación libre e independiente, y querían que lo lográramos”.

El viejo vendedor miró más allá de las personas que había en su tienda y continuó: “Recuerdo ver las Olimpiadas del año 2000 por televisión. Fueron en Australia, justo al sur de aquí. Nunca olvidaré cuando nuestra pequeñísima delegación de cuatro atletas entró en el gigantesco estadio olímpico de Sidney. Toda la multitud se puso en pie y nos ovacionó”.

“Nuestro corazón se alegró de ver eso”, añadió el hombre alto. “De alguna forma nos dio fuerzas”.

“Aquellos atletas estaban totalmente abrumados”,



continuó el Sr. Tim. “Casi no podían creer que toda esa ovación fuera para ellos. A menudo me he preguntado lo que debieron de haber sentido”.

Alfredo también se lo preguntaba. Muchas veces había visto ese momento retransmitido por televisión, y lo había visto aún muchas veces más en su propia mente. “Algún día yo lo sabré”, dijo con determinación. “Quizá Timor Oriental no tenga un equipo de baloncesto. Quizá yo no tenga un balón de baloncesto. Quizá sea pequeño para mi edad y esté enfermo a menudo. Pero nada de eso importa”.

Alfredo miró los rostros a su alrededor. Apenas podía esperar para demostrarles que no tenían razón. “No me importa lo que tenga que hacer para que ocurra”, pensó, “algún día el mundo me ovacionará”.

“Si tan sólo ahora pudiera encontrar un balón de baloncesto...”



## 5

# LAS ORGANIZADORAS DE LA FIESTA

LaTeesha estaba sentada en su sitio favorito del porche en la parte trasera de la casa de Sidney. Le encantaba la vista del bosque que descendía hasta un arroyo. Sin embargo, hoy el pacífico escenario hacía poco para calmarla.

Suspiraba y miraba su cuaderno, a la creciente lista de cosas para la fiesta. Mordía el extremo de su bolígrafo.

Sidney había empleado la última media hora paseando por el porche, diciéndole a LaTeesha qué añadir a su lista. “Necesitamos una de esas bolas de espejo que reflejan pequeñas luces como arco iris por toda la habitación”, dijo. “Eso es algo que instantáneamente da un ambiente de fiesta. Y deja de preocuparte ¡Esta fiesta va a ser la bomba!”

“¿He dicho que estoy preocupada?” preguntó LaTeesha, añadiendo “bola de espejos” a su lista. ¡Con eso completaba cuatro páginas enteras de cosas!

Sidney señaló el bolígrafo de su amiga. “Siempre muerdes el bolígrafo cuando estás nerviosa. Vas a morderlo excesivamente y se derramará la tinta por todos lados”.

LaTeesha revisó el extremo del bolígrafo mordisqueado. “De acuerdo. Quizá estoy un poco preocupada. “Por ejemplo, ¿dónde vamos a poner todo esto? ¿Y toda la gente que quieres invitar? El salón de mi casa no es lo suficientemente grande”.



“¡Es cierto!” afirmó Sidney. “Necesitamos pensar a lo grande. Alquilemos el gimnasio de la escuela”.

“¿Con qué dinero?” gritó LaTeesha.

Sidney se cruzó de brazos. “Tendremos que usar hasta el último centavo que tengamos, probablemente. ¡Pero valdrá la pena! Estamos hablando de tu futuro, LaTeesha”.

“¿Por qué me suena eso tan familiar?” preguntó LaTeesha haciendo un gesto de fastidio con sus ojos. “Quizá porque es el mismo razonamiento que usaste este verano. ¡Gastamos todo nuestro dinero en artículos deportivos, Sidney! Dijiste que todo nuestro futuro dependía de que fuéramos atletas”.

Sidney hizo un puchero. “Creí que la habías pasado bien”.

“¡Y me divertí!” exclamó LaTeesha, dejando a un lado el cuaderno y empezando su turno de pasear por el porche. “Me divertí tanto que no podía esperar a que comenzaran las pruebas atléticas, pero has cambiado de página, y ahora se supone que debo olvidarme de todo el asunto del deporte y...” LaTeesha se detuvo. “No sé si puedo seguir tu ritmo”.

Sidney puso su brazo alrededor de LaTeesha. “Está bien, quizá no tengas que hacerlo”.

“¿Cómo?”

“Después de todo es tu fiesta”. No es justo que tengas que preocuparte de ella. Ocúpate sólo de asistir y pasar el mejor rato de tu vida”.

“¿Y el dinero?” preguntó LaTeesha.

Sidney se dio una palmada en la frente con su mano abierta. “¿Por qué no lo pensé antes? Le diré a mi papá que te estoy organizando una fiesta sorpresa, y él me ayudará”.

“Pero no es exactamente una sorpresa”, dijo LaTeesha. “Sé todos los detalles”.

Sidney resopló: “Está bien, cambiaré los detalles, y así será una sorpresa. ¿Quieres estar en el grupo de Josey o no?”

“¿Acaso alguna vez he dicho que quiero estar en el grupo de Josey?” preguntó LaTeesha.

Sidney le dio a LaTeesha un golpe afectuoso en el brazo. “Vamos. Todas las chicas sueñan con ser populares. Además, he visto cómo las miras”.

Una puñalada de culpa atravesó a LaTeesha, porque sí miraba a las chicas populares. No podía evitarlo. Aunque se quejaba de ellas, LaTeesha tenía que admitir que a menudo se preguntaba cómo se sentiría ser una de las más populares.

“Además, ¡quieres estar conmigo!” exclamó Sidney.

“Cada vez estoy menos segura de eso”, balbuceó LaTeesha.

“Sí, sí”, dijo Sidney, mientras empujaba a LaTeesha hacia la escalera del porche. “Ahora vete de aquí. Tengo que organizar una fiesta sorpresa”.

## 6

# EL CENTRO JUVENIL

Alfredo salió de la tienda del Sr. Tim y caminaba por la calle. En la esquina, rebotó un balón de baloncesto imaginario y fingió lanzarlo a la canasta, narrando sus propias jugadas. “Alfredo lanza desde la línea de tres puntos, ¡y anota! ¡Tres puntos para el número 46 de Timor Oriental que sitúan a su equipo con 10 puntos de ventaja!”

Sonrió y siguió caminando. No se dirigía a ningún lugar concreto, simplemente vagaba por las calles, matando el tiempo.

La sonrisa de Alfredo desapareció cuando pasó al lado de la escuela. Deseaba estar dentro con los otros niños. Parado y con los ojos cerrados, recordaba el sonido y el olor de la tiza blanca en la pizarra. Casi podía sentir las suaves páginas de un libro en sus manos y oír la voz de su maestro leyendo en voz alta.

¡Cómo le gustaba la escuela! Alfredo extrañaba aprender sobre lugares lejanos y cosas que ocurrieron hacía mucho tiempo. Quería saber más de geografía, historia y ciencias. Quería saber más de todo.

Una profunda tos irrumpió en su pecho y perturbó su ensueño despierto. Abrió sus ojos. Al menos sus padres habían podido pagar para enviarle a una escuela hasta el sexto grado. Muchos niños que él conocía no habían llegado ni a ese grado.

De nuevo hizo como que rebotaba un balón mientras caminaba. “Y Alfredo rebota el balón por la cancha. Hace una entrada, y... ¡es buena! ¡No hay duda, Alfredo esta noche es el jugador más valioso del equipo!”

Un hombre salió del edificio por donde pasaba Alfredo. “¿Te gusta el baloncesto?” preguntó.

Sobresaltado, Alfredo miró al hombre. No le reconocía. ¿y qué hacía el hombre en ese edificio viejo y abandonado?

“No pude evitar oírte”, explicó el hombre con una sonrisa. Extendió su mano y le ofreció a Alfredo un firme apretón. “Soy el pastor Samuel, y estoy buscando algunos jugadores de baloncesto para inaugurar este lugar”. Señaló hacia el edificio que estaba tras él. “Es el nuevo Centro Juvenil Nazareno. Estamos preparando una cancha de baloncesto atrás”.

¡Así que era cierto! El corazón de Alfredo comenzó a latir de emoción. “El Sr. Tim me habló de este lugar”, dijo.

El pastor Samuel sonrió. “¡Fantástico! Me alegro de que se esté corriendo la voz, porque queremos un gran grupo de adolescentes que vengan aquí a hacer deporte. También vamos a ofrecer clases de inglés”.

“¡Clases de inglés! Eso sería como ir a la escuela”, pensó Alfredo. Después hizo la temible pregunta. “¿Y cuánto costarán las clases?”

“Serán gratis”, respondió el pastor Samuel. “No hay ningún costo”.

Alfredo ni siquiera intentó ocultar su emoción. “¿Dónde puedo inscribirme?”

“Vamos. Te anotaré en la lista”, dijo el pastor Samuel. “También te puedes apuntar para un estudio bíblico, si quieres”.



Alfredo se quedó helado. ¿Estudio bíblico? Oh, oh. Sus padres nunca estarían de acuerdo con eso.

“Oh, mmm, acabo de recordar algo”, tartamudeó Alfredo. “Será mejor que me vaya ahora”.

“Pero...”

Las palabras del hombre se desvanecieron mientras Alfredo se alejaba trotando. Se alejaba de la oportunidad de volver a aprender, se alejaba del hombre tan amable y su cancha de baloncesto.

Se alejaba de la oportunidad de convertir su sueño en realidad.



# 7 CAMBIO DE PLANES

El miércoles en la mañana, LaTeesha esperaba en las escaleras de la escuela y observó que Sidney llegaba corriendo hacia ella. Los ojos de su amiga brillaban mientras ondeaba una bolsa de regalos con rayas y anunciaba: “¡Hoy es el día!”

“No, no lo es”, le corrigió LaTeesha, intentando agarrar la bolsa. “Mi cumpleaños es hasta el viernes. ¿Por qué has traído mi regalo tan pronto?”

Sidney le arrebató la bolsa y la ocultó detrás de ella. “¿Quién ha dicho que esto sea un regalo? ¡Eres una niña codiciosa! Esta bolsa está llena de invitaciones para una fiesta estratosféricamente súper. Hoy las voy a repartir”.

“¡Oh!” El corazón de LaTeesha saltó. El gran plan de Sidney pronto entraría en movimiento, y ya no habría vuelta atrás. “Sidney, ¿estás segura?” preguntó. “¿Qué ocurrirá si las chicas se ríen de mí por invitarlas?”

“Tú no las estás invitando, tonta, soy yo”, le recordó Sidney. “Es una fiesta sorpresa, ¿recuerdas?”

LaTeesha asintió con la cabeza. “Oh. Es cierto. Pero... ¿qué pasa si no viene nadie?”

Sidney sonrió. “No te preocupes. Es un viernes en la noche, y no hay otra cosa que hacer en Ozark. Vendrán”.

LaTeesha se imaginó un gimnasio lleno de chicos y chicas aburridos mirándola fijamente. Hablando en susurros

de ella. “¿Qué pasa si no se divierten?”

“Chica, ¿no confías nada en mí?” preguntó Sidney. “Yo sé cómo organizar una fiesta. ¡Oh! Ahí está Josey ¡Me tengo que ir!”

LaTeesha vio a su amiga bajar apresuradamente las escaleras para unirse al grupo de Josey.

“Si el plan realmente funciona”, pensó LaTeesha, “la semana que viene Sidney no tendrá que alejarse de mí cada vez que quiera estar con Josey”.

¡Uy! El grupito la estaba mirando. LaTeesha se dio la vuelta, fingiendo que no tenía idea que estaban hablando de ella. Como que no le importara lo que estaban diciendo abajo en esas escaleras, mientras esperaba, sin respirar, arriba de ellas.

Esa tarde, LaTeesha estuvo de pie ante el armario abierto de su cuarto, tratando de decidir qué ponerse para ir a la iglesia esa noche. A decir verdad, no tenía ganas de ir. Quería quedarse en casa y hablar por teléfono con Sidney acerca de la fiesta, sobre el plan. ¡Sobre cómo iban las cosas!

Durante todo el día, personas que nunca habían mirado a LaTeesha le habían sonreído. Josey misma se había dirigido a LaTeesha mientras estaban haciendo fila para apuntarse a las pruebas del coro. ¡LaTeesha apenas podía creer que la chica más súper de la escuela la invitara a sentarse en la mesa de las chicas populares durante el almuerzo!

Pero sentarse allí no había sido tan estupendo como LaTeesha se había imaginado. La verdad era que sus bromas no le parecían más divertidas que las cosas sobre las que bromeaban ella y Sidney. Algunas de sus conversaciones no eran para nada divertidas, especialmente cuando se reían de compañeras de clase y maestros.

Y anotarse para el coro, incluso con Josey, fue difícil. Los ensayos eran a la misma hora que los deportes. No había forma de poder hacer las dos cosas, y no le gustaba la idea de dejar el deporte.

La Teesha agarró una camiseta de rayas azules de su armario. ¿Qué había dicho Sidney? Cantar con el grupo de Josey sería más divertido que hacer deporte con una banda de perdedores; Y acostumbrarse a su conversación era parte del precio que había que pagar para sentirse aceptada. Sidney pensaba que simplemente debían reírse de los chistes, y no estar tan tensas. Todas las demás lo hacían, así que realmente ¿qué podía haber de malo en ello?

La Teesha se puso la camiseta y se preguntaba si valía la pena sentirse aceptada. ¿Podría realmente cambiarse tan fácilmente como se cambiaba de ropa?

¿Debería hacerlo?

La Teesha se animó cuando al entrar en la iglesia vio una mesa con una exhibición en el vestíbulo. ¡Misioneros! “Eso es”, recordó, “¡nuestros misioneros de ESLABONES están aquí esta noche!” Se apresuró a la mesa para mirar las fotos y los objetos usados en el pasado hasta que llegó el momento de dar comienzo al culto.

El Sr. Brown era el presidente de Misiones Nazarenas Internacionales y parecía emocionado. “¡Nos espera algo muy especial esta noche!” dijo a la congregación. “La mayoría de ustedes sabe lo que significa ESLABONES: ‘Nazarenos que se Interesan, Aman, Saben y Comparten’. El programa de ESLABONES nos permite estar vinculados a ciertos misioneros durante dos años. Durante ese periodo oramos por ellos, les escribimos, y nos interesamos por ellos y el ministerio que realizan. Pero los misioneros de ESLABONES no siempre tienen el privilegio de visitar sus

iglesias. Por eso nos agrada mucho tener esta noche con nosotros a Warren y Janet Neal”.

Cuando la pareja caminaba hacia el frente, LaTeesha los comparó con las fotografías que habían estado en el boletín informativo durante meses. Janet era más alta de lo que LaTeesha se había imaginado, pero sus rizos oscuros y su amable expresión eran iguales. Warren parecía como si estuviera acostumbrado a darse largas caminatas y a trabajar duro. Su traviesa sonrisa y sus ojos deslumbrantes le hacían pensar a LaTeesha que él sería divertido.

LaTeesha rápidamente quedó absorta en las historias de los misioneros acerca de Timor Oriental. Era allí donde su equipo estaba abriendo la obra pionera de la Iglesia del Nazareno.

LaTeesha no sabía mucho sobre ese pequeño país al otro lado del mundo. Escuchaba con interés mientras los Neal les hablaban sobre la pobreza y la desesperanza en Timor Oriental, especialmente entre los jóvenes.

“Queremos que esos jóvenes y niños sepan que Dios no se ha olvidado de ellos”, dijo Warren. “Queremos que sepan que Dios les ama y que tiene un plan para su futuro”.

“Mm. ¿Tendrá Dios un plan para mi futuro?” se preguntaba LaTeesha. Se imaginaba en medio de las chicas populares. “Me pregunto qué piensa Dios de los planes de Sidney para mí”.

LaTeesha dirigió su atención a Janet, la cual comenzó a hablar. “Estamos emocionados por los centros juveniles que nuestra iglesia está comenzando. Serán un lugar para que los jóvenes se reúnan y lo pasen bien. También les facilitarán equipo deportivo. No hay dinero para cosas como esas en Timor Oriental”.

LaTeesha no podría imaginarse ser tan pobre. Pensaba en lo bien que se lo pasaron ella y Sidney durante el verano,

jugando voleibol y baloncesto. Y ahora ni tan siquiera iban a usar el equipo que habían comprado. ¡Si hubiera alguna manera de mandar todas esas cosas a los centros juveniles en Timor Oriental! Quería hacer algo para ayudar.

De repente se le ocurrió. ¡Quizá sí había una manera! Sacó un bolígrafo y un pedazo de papel y comenzó a escribir ideas a medida que llegaban a su mente: La fiesta en el gimnasio, los regalos, los chicos de la escuela.

A Sidney no le iba a gustar, ni siquiera un poco, pero el corazón abatido de LaTeesha volvió aliviado. ¿Podría esa nueva dirección ser parte del plan de Dios para ella?

Estuvo mordisqueando su bolígrafo desesperadamente hasta que los Neal terminaron. Después el Sr. Brown volvió a hablar, recordando a la congregación lo importante que era apoyar a sus misioneros, Warren y Janet Neal.

Eso resolvió sus dudas.

Después de la oración de despedida, LaTeesha fue corriendo al frente para hablar con los Neal sobre la gran idea que podría cambiar su vida; y también algunas otras vidas en Timor Oriental.





## 8

# UN NUEVO DESCUBRIMIENTO

Fue difícil para Alfredo permanecer alejado del nuevo centro juvenil. Anhelaba tanto jugar al baloncesto y aprender inglés. Una tarde, decidió que no pasaría nada por acercarse por allí.

Sin embargo, sí pasó algo. Cuando se acercaba al centro, Alfredo pudo oír el “tum, tum” de un balón rebotando en el cemento. Se parecía al “tum, tum” de su corazón. Los ánimos y gritos en la cancha le llamaban como si fueran invitaciones para unirse al partido.

Pero sus padres no lo aprobarían.

“¿Qué pasaría si sólo lo viera?” pensó. “No me metería en problemas si tan sólo lo veo”.

Cruzó la calle hacia el edificio. Un letrero en la puerta captó su atención.

“Competencia de baloncesto:

¡El jugador más valioso

ganará un BALÓN DE BALONCESTO!”

Alfredo se emocionó tanto que se puso a toser fuertemente”.

¿Un balón de baloncesto? ¿El ganador conseguirá su propio balón de baloncesto?

Miró a su derecha y a su izquierda. No había nadie alrededor. Quizá podría entrar sin ser visto y firmar sin que lo supieran sus padres.

Alfredo hizo una pausa. No le gustaba desobedecer a sus padres. Les amaba y respetaba, pero... ¿un balón de baloncesto?

Atrapado en el momento, se olvidó de sus padres. Abrió la puerta y entró. Había dos mesas largas con sillas alrededor y un escritorio en la parte delantera de la habitación.

El hombre tras el escritorio le resultaba familiar. Sonrió y dijo: “¡Bienvenido! Soy el pastor Samuel. ¿Cómo puedo ayudarte?”

Alfredo tragó saliva. “Quiero inscribirme a la competencia”.

El pastor Samuel le señaló un papel en su escritorio. “Puedes apuntarte aquí”, dijo. “El concurso es la semana que viene”.

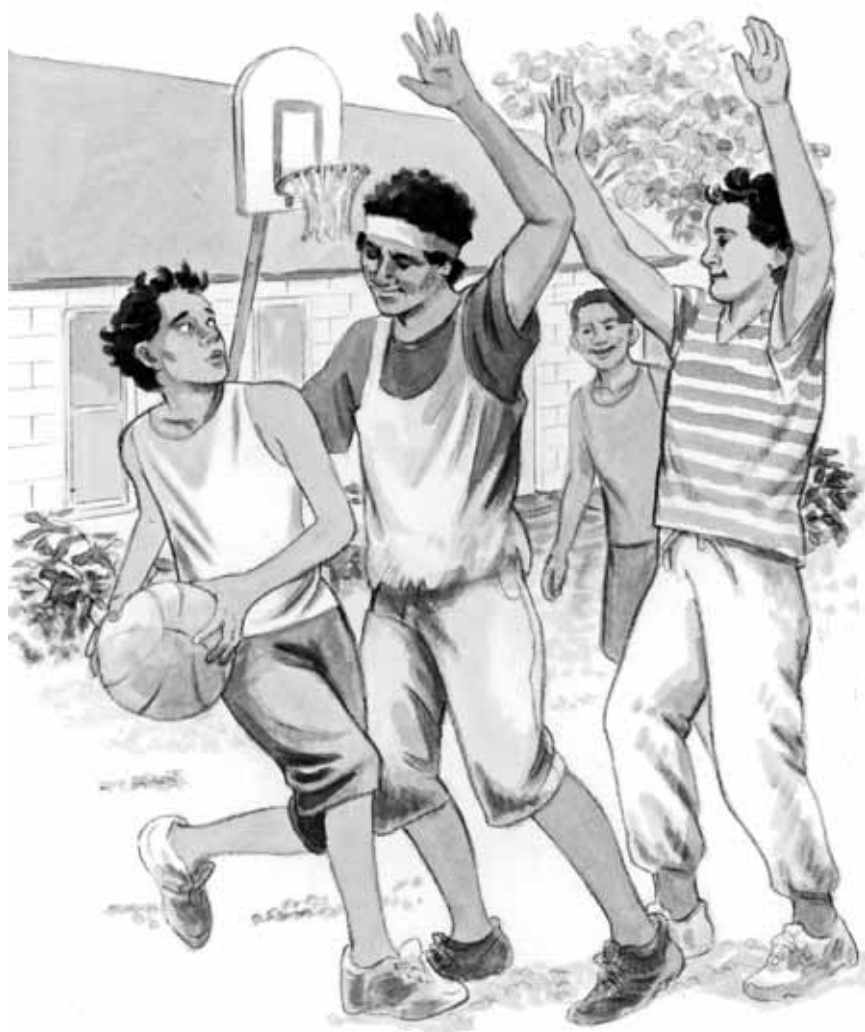
Alfredo anotó su nombre claramente y comenzó a retroceder hacia la puerta. Tenía que escapar antes de que ocurriera algo temiblemente religioso.

“¿No quieres entrenar?” le preguntó el pastor Samuel. “Los chicos están jugando ahí fuera. Estoy seguro de que te dejarán jugar con ellos”.

Alfredo miró hacia afuera por la ventana de atrás y vio a los chicos encestando. No eran Los Lakers, pero se estaban divirtiendo. Eran mayores que él y bastante buenos. Él necesitaba entrenar si quería ganar la competencia. Además, hacía mucho que no tocaba un balón de baloncesto.

Alfredo no sabía qué hacer. Se volteó hacia la puerta de enfrente, luego hacia la ventana trasera, y después hacia el rostro sonriente del pastor Samuel. “De acuerdo”, dijo finalmente. “¿Puede usted preguntarles si me dejan jugar?”

Los chicos se alegraron de tener otro jugador. Enseguida Alfredo se encontraba corriendo por la cancha para arriba y para abajo, pasando, defendiendo y bloqueando. ¡Era



aun más divertido que ver a Los Lakers por televisión! Y él jugaba a la altura de los demás. Tan sólo deseaba no tener que detenerse cada pocas jugadas para recuperar la respiración. Quizá los hombres de la tienda del Sr. Tim tenían razón. Quizá su tos le impediría llegar a ser un gran jugador.

Alfredo se alegró cuando el pastor Samuel anunció: “¡Es la hora de la clase de inglés!”

El grupo entró en fila al edificio con mucho entusiasmo. Cuando los otros chicos comenzaron a sentarse alrededor de las mesas, Alfredo se dirigió hacia la puerta para irse.

“¿No nos acompañas?” preguntó el pastor Samuel. “Soy un buen maestro”.

“Estoy seguro de que lo es”, tartamudeó Alfredo, con algo de vergüenza. “Y me gustaría aprender...” La palabra “inglés” quedó reemplazada por una tos tan profunda que hizo que se le llenaran los ojos de lágrimas.

El pastor Samuel se apresuró a ir a su lado. “Siéntate”, dijo. “Te traeré un vaso con agua”.

Cuando el hombre tan amable regresó con un vaso con agua, Alfredo lo aceptó agradecido.

“Quédate un rato hasta que recobres el aliento”, le animó el pastor Samuel. “Y después, si te aburre mi clase, te puedes ir”.

Los otros chicos se rieron, y Alfredo se unió a ellos. Cuando comenzó la lección, Alfredo escuchó las instrucciones con tanta ansia como tragó el agua. Se olvidó de su intención de quedarse sólo hasta que recobrarse el aliento, se olvidó de salir por la puerta. Le encantaba pronunciar nuevas palabras raras como “friend” y “love”. Le gustaba cómo las palabras en inglés fluían una detrás de la otra cuando el pastor Samuel leía frases de ese gran libro negro. Disfrutaba las interesantes historias sobre un maestro llamado Jesús.

Entonces, el pastor Samuel cerró el libro y explicó que Jesús era más que un maestro. Era el Hijo de Dios que vino para quitar el pecado del mundo.

“¿Alguna vez han hecho algo que sabían que estaba mal?” preguntó el pastor Samuel.

Alfredo se sintió culpable. No tuvo que pensar en mucho tiempo atrás. Había llegado al centro sin el permiso de sus padres, y eso estaba mal.

“Esos errores nos separan de Dios”, explicó el pastor Samuel. “Pero Dios te ama tanto que envió a Jesús para quitar tus pecados. Si decides confiar en Jesús, puedes recibir perdón”.

Alfredo no entendía todo lo que decía el pastor Samuel, pero muy dentro de él sabía que las palabras eran ciertas. Alfredo quería el perdón de Dios; y quería el amor de Dios más que ninguna otra cosa, incluso más que querer ser una estrella del baloncesto.

Alfredo entendió que esa era la mejor forma de vida que había deseado jamás.

El pastor Samuel preguntó si alguien quería ese perdón. Alfredo se puso en pie rápidamente y caminó hacia el frente de la sala. Cuando el pastor Samuel oraba con él, ocurrió algo increíble. “¡Me siento como si me hubiera dado un baño por dentro!” exclamó.

Los demás le rodearon, dándole la mano y felicitándolo. Alfredo nunca se había sentido tan feliz.

Alfredo no notó cuando la puerta principal del centro se abrió, ni tampoco escuchó las fuertes pisadas que llegaban a su encuentro. No obstante, sí oyó la voz enojada de su padre. Sus duras palabras pusieron fin de manera abrupta a la celebración.

“¡Hijo, ven conmigo inmediatamente! Tienes una cita con el curandero”.



## 9

# ¡SORPRESA!

LaTeesha suspiró. Una vez más se encontraba esperando arriba de las escaleras de la escuela, y una vez más vio a Sidney que llegaba apresuradamente a su encuentro. Pero esta vez, Sidney no estaba feliz, y era evidente.

“¡Lo has arruinado todo! ¡Absolutamente todo, LaTeesha!” gruñó Sidney en cuanto se acercó lo suficiente. “¿En qué estratosférica cosa estabas pensando?”

LaTeesha respondió con una voz inocente. “Se supone que iba a ser una fiesta sorpresa, ¿no? Pues bien... ¡sorpresa!”

“No es divertido”, dijo Sidney. “Y no me gusta que se lo hayas dicho a todas antes que a mí. Trabajé mucho organizando la fiesta perfecta para ti. Te iba a hacer popular. Iba a cambiar el curso de tu vida! Y ahora vas y lo conviertes en una especie de acto caritativo. ¿De qué se trata todo esto?”

“Bueno, cuando escuché hablar a los misioneros...”

Sidney hizo un gesto de indiferencia con los ojos. “Ni siquiera comiences”.

“Pero tú querías saber lo que...”

“Lo que te pasó. Correcto. ¿Quién te dio la ignorante idea de que las chicas más populares de Ozark querían pasar la noche de un viernes jugando voleibol y baloncesto en el gimnasio de la escuela?”

La campana sonó, señalando el comienzo del día escolar. LaTeesha nunca había estado tan contenta de oírla. Atravesó las puertas abiertas y se dirigió a su casillero escolar, lejos de Sidney.

Pero Sidney la siguió, hablando sin parar. “Como si convertir tu mejor fiesta en una patética clase de educación física no fuera suficiente, ¡también tenías que enredar con los regalos! ¡Vamos! Has pensado en el botín que podrías haber conseguido del grupo de Josey? Buena joyería y iPods. Tarjetas de regalo para tiendas donde podrías comprar la ropa de moda”.

LaTeesha no hizo caso a Sidney mientras abría su casillero escolar.

“Pero no”, dijo Sidney, echando humo. “Les dices a todas que no traigan regalos y en su lugar que hagan donativos para un centro juvenil en un país del que nadie ha oído hablar”.

El tono agudo de voz de Josey interrumpió a Sidney. “¿No es increíble?”

LaTeesha se volteó de su casillero y vio a Josey, a un metro suyo, sonriéndoles.

“Perdón por entrometerme”, dijo Josey, “pero oí que mencionabas el centro juvenil, Sidney. Y, caramba, nos dijiste que LaTeesha era súper, pero no tenía ni idea. ¿Renunciar a su cumpleaños para ayudar a chicos en el otro lado del mundo? ¡Me encanta! Cuando me contó su idea, me derretí. ¿Y además voleibol y baloncesto? ¿Cómo no va a ser divertido?” Lanzó una sonrisa brillante más antes de decir: “Me he comprado la sudadera más súper que existe para ponérmela en la fiesta. ¡Así que preparen las cámaras!”

Entonces se fue.

LaTeesha le sonrió a Sidney. “¿Necesitas que te ayude a recoger tu barbilla del piso, chica?”



Sidney miraba fijamente al pasillo, estupefacta. “¿Qué acaba de ocurrir?”

“No estoy segura”, admitió LaTeesha. “Pero decidí confiarle a Dios mi futuro, Sidney. Y algo me dice que Él puede manejarlo muy bien”.

El viernes en la noche después del partido de baloncesto, Sidney acorraló a LaTeesha. “Odio admitirlo”, dijo, “pero tu fiesta ha sido estratosféricamente exitosa”.

“Lo sé”, asintió LaTeesha. “¿Y sabes qué? Josey me dijo que la razón por la que se apuntó al coro este año es porque la echaron del equipo deportivo por mal comportamiento. Le sigue encantando el deporte, y por eso tenía tantas ganas de jugar esta noche”.

Los ojos de Sidney se agrandaron de incredulidad. “Quiere decir que todo eso de que el deporte era algo patético era sólo...”

“Josey estaba intentando sonar súper”. LaTeesha sonrió.

“¿Así que ahora yo estoy atrapada en el coro durante un año porque ella se metió en problemas?” preguntó Sidney.

LaTeesha se encogió de hombros. “Bueno, las pruebas deportivas todavía están abiertas. Yo me voy a inscribir el lunes”.

“¿Puedo ir contigo?”

“Me encantaría”, dijo LaTeesha, poniendo su brazo alrededor de Sidney mientras se dirigían a la cancha de voleibol. “Estaría perdida sin mi mejor amiga”.

LaTeesha llamó a sus amigos de la fiesta y los reunió para asignar los equipos. Cuando terminó, Warren y Janet Neal llegaron.

“Esperen todos un momento”, dijo LaTeesha. “Ellos son los misioneros de los que les hablé. Vuelan mañana



de regreso a Timor Oriental. Les pedí que pasaran por aquí esta noche para poder darles nuestros regalos”.

Todo el mundo se sentó en el piso del gimnasio. LaTeesha presentó a los Neal, explicando: “Cuando les conté a mis amigas lo del centro juvenil, todas quisieron ayudar. Esto es de parte de todos nosotros: Más de 300 dólares”. Warren y Janet se limpiaron las lágrimas mientras aceptaban el sobre lleno de dinero. “Muchas gracias por su generosidad”, dijo Warren. “Esto marcará una gran diferencia en los jóvenes de Timor Oriental”.

“Hay una cosa más”, continuó LaTeesha. “Este verano compré mi primer balón de baloncesto, y es muy especial para mí, pero tal vez significaría mucho más para algún chico de Timor Oriental. Sé que no tienen mucho espacio en su equipaje, así que lo he desinflado”. Sacó el balón desinflado de una bolsa del gimnasio y se lo entregó a Janet. “¿Podría por favor asegurarse de que alguien verdaderamente especial se quede con él?”



# 10

## EL JUGADOR MÁS VALIOSO

De regreso en el centro juvenil, el pastor Samuel habló primero. “¿Está usted seguro que quiere llevar a su hijo al curandero?”

El padre de Alfredo respondió: “¿Qué otra cosa puedo hacer?”

Alfredo sabía que tenía que hablar. “Padre, ahora soy cristiano. No quiero que me trate alguien que adora espíritus malignos”.

“¿Qué?” gritó su padre. “¿Has abandonado los caminos antiguos?” Siguió gritándole a Alfredo tan alto que su esposa entró.

“¿Qué ocurre?” preguntó. “Alfredo, apúrate. ¡El doctor está esperando!”

“No puedo ir a verle, madre”, dijo Alfredo.

“¿Por qué no?”

“¡Dice que se ha hecho cristiano!” gritó su padre.

La madre de Alfredo arrojó sus brazos al aire y gimió. “¿Cristiano? ¿Qué será de él? ¡Nunca se pondrá bien!”

“No quiero ponerme bien si tengo que ver a un curandero”, dijo Alfredo, preguntándose si realmente lo decía en serio. Porque ahora sabía que si no se ponía bien, nunca sería una estrella del baloncesto.

¿Realmente estaba dispuesto a abandonar el sueño de toda su vida por Dios?

Sí, creía que podía confiarle a Dios sus esperanzas y sueños... y su futuro.

Mientras sus padres continuaban discutiendo, Alfredo vio que el pastor Samuel les hizo una señal a los chicos de aquel lugar. Alfredo vio cómo los chicos comenzaron a inclinar sus rodillas por toda la sala. Sus calmadas y suplicantes voces se entremezclaron con las enojadas voces de sus padres.

¡Los chicos estaban orando!

A medida que las oraciones crecían en intensidad, los padres de Alfredo se iban calmando. Finalmente, el pastor Samuel preguntó: “¿Me permitirían que les hablara de Alguien más poderoso que el curandero? Yo creo que Él sí puede curar a su hijo”.

Alfredo casi no podía creerlo cuando su padre dijo: “Lo único que quiero es que mi hijo esté bien. Si conoce a alguien que pueda ayudarle, por favor díganoslo”.

El pastor Samuel les habló de Dios a los padres de Alfredo. Alfredo se llenó de gozo cuando aceptaron que el pastor orase por él.

El pastor Samuel puso sus manos sobre la cabeza de Alfredo y calmadamente le pidió al Señor que lo sanara. Alfredo creyó haber sentido un calor repentino subiéndole por el cuerpo, pero enseguida se preguntó si se lo habría imaginado.

“¿Ahora qué?” preguntó su padre al terminar la oración.

El pastor Samuel se encogió de hombros. “Ahora esperaremos y veremos. Pero creo que Dios ha sanado a su hijo”.

Una semana después, Alfredo llegó temprano a la competencia deportiva.

“¿Cómo te sientes?” le preguntó el pastor Samuel.

Alfredo le dio la mano al pastor, saludándole con entusiasmo. “¡Me siento estupendo! Estoy muy contento de que Jesús me haya salvado”.

El pastor Samuel se rió. “¡Bien! Pero me refería a tu salud. ¿Cómo vas con tu tos?”

“¡Estoy bien, pastor Samuel! Dios sí me sanó. ¡Llevo toda la semana sin toser!”

El pastor Samuel sonrió satisfecho. “Entonces entra a la cancha. ¡Veamos lo que sabes hacer!”

Alfredo comenzó a hacer ejercicios de calentamiento. Le encantaba correr lo más rápido que podía sin detenerse para respirar. Ahora que estaba sano, tenía oportunidad de ganar!

¿O no? Alfredo comenzó a dudarle a medida que iba viendo aparecer a más chicos que acudían a la competencia. ¡Algunos de esos chicos debían de tener al menos 20 años! Incluso José, el líder de la pandilla local, estaba ahí. Él y sus amigos eran grandes y fuertes. Alfredo era pequeño y no tan hábil en la cancha.

“Me siento más sano”, le dijo Alfredo al pastor Samuel, “pero aún sigo siendo un niño delgaducho de 12 años. ¿Cree que podría orar para que creciera un poco más antes de comenzar?”

“Tú juega lo mejor que puedas y déjale a Dios el resto”, le respondió el pastor Samuel, soltando una risa. Luego comenzó a designar los equipos.

Alfredo se asustó un poco cuando supo que estaba en el mismo equipo que José. Aun así, pudo convencer a sus compañeros para escoger el nombre de “Lakers”. Fue una buena estrategia, porque los hombres de la tienda del Sr. Tim estaban acostumbrados a aclamar a Los Lakers. Acudieron a ver el partido e inmediatamente adoptaron a Los Lakers de Alfredo como el equipo para apoyar.

Alfredo quería que el Sr. Tim y los demás estuvieran orgullosos de él. Y quizá presumir un poquito a sus padres, que le sorprendieron acudiendo al centro juvenil.

La competencia era intensa. Alfredo jugó lo mejor que pudo, procuró hacer su mejor parte y le dejó a Dios el resto, como le había aconsejado el pastor Samuel.

En el primer partido, Alfredo anotó 12 puntos y bloqueó dos tiros. Los Lakers ganaron por seis, y Alfredo se volvió loco. Su segundo partido estuvo más reñido incluso. Alfredo sólo metió unas pocas canastas, pero capturó bastantes rebotes. José, quien resultó ser un fabuloso jugador, anotó la canasta de la victoria faltando sólo unos segundos para terminar el partido.

Eso situaba a los Lakers en el partido final contra los Tigers. Parecía que todo el pueblo ahora había acudido a la cancha para ver el partido. ¡Era casi como su sueño de jugar en las Olimpiadas!

Comenzó el partido, y los Tigers eran increíbles. Los Lakers tuvieron que esforzarse más que nunca. La puntuación en el marcador oscilaba entre los dos equipos: Primero los Tigers, luego los Lakers, luego nuevamente los Tigers.

Los chicos más altos dejaron de pasarle el balón a Alfredo, así es que casi no podía meter con lo cual apenas podía anotar canastas. Pudo meter tres canastas y ayudar a hacer otras más, pero el partido seguía muy reñido. A medida que avanzaba el tiempo, Alfredo se preguntaba cómo podría ser nombrado el jugador más valioso si nadie le daba la oportunidad de tocar el balón.

“Dios, sabes que quiero un balón de baloncesto”, oraba, mientras corría por la cancha durante el último minuto del partido. “Y sabes que este torneo es la única manera en que puedo conseguir uno”. Alzó sus brazos para bloquear



a su oponente. El partido estaba empatado, y él no tenía intención de permitir que los Tigers anotaran. “Pero me gustaría más aún que todos vieran que tú me has sanado, para darte gloria. Dame la oportunidad de hacer algo increíble, ¡por favor!”

Uno de los Tigers pasó el balón, y Alfredo saltó para atraparlo en el aire. La multitud clamó mientras se dirigía a anotar para los Lakers.

“¡Gracias, Dios”, susurró.

El tiempo parecía ir más despacio mientras la multitud comenzaba la cuenta regresiva. “10, 9, 8...”

Alfredo contaba con anotar la canasta ganadora justo antes de que sonara la bocina. Pero al acercarse a su objetivo, se sorprendió al ver que José ya estaba allí, esperando debajo de la canasta. José era el mejor jugador del equipo. Nunca fallaba.

“Siete, 6, 5...”

Alfredo tenía que hacer lo que fuese mejor para los Lakers.

“Cuatro, 3, 2...”

Le pasó el balón a José, que se dispuso a lanzar.

“Uno”.

El balón entró, y todos se volvieron locos. El equipo corrió hacia José mientras las personas en la grada coreaban su nombre.

Alfredo tenía un nudo en su garganta mientras veía al líder de la pandilla recibir toda la atención que podía haber sido para él. Sin embargo, su equipo había ganado. Sabía que había hecho lo correcto. Pero eso no le hizo sentir mejor cuando todos se reunieron en la cancha para la ceremonia de entrega de premios.

El pastor Samuel dijo: “No con una sola, sino con dos canastas ganadoras en los últimos segundos de los

partidos de hoy, ¿alguien se extraña de que nuestro premio para el jugador más valioso sea para José?”

José aceptó el balón de baloncesto, y de hecho sonrió al pastor Samuel y a la multitud. “Quizá este sea un nuevo comienzo para él”, pensó Alfredo. “Al menos eso espero”.

“Y ahora tenemos otra presentación”, continuó el pastor Samuel. “Warren y Janet Neal son misioneros aquí. Fueron a su hogar en los Estados Unidos y regresaron ayer. Warren, Janet, acérquense para dirigirnos unas palabras”.

Alfredo miró a la pareja pasar al frente de la multitud. La mujer sonreía tímidamente mientras el hombre hablaba.

“He disfrutado mucho viendo la competencia, dijo. “Y me alegro de oír al pastor Samuel cuando habla de todas las cosas buenas que están ocurriendo por aquí. Nuestros amigos de América se alegrarán también. Están orando por ustedes, y nos han pedido que traigamos un regalo para el centro juvenil”. Warren metió su mano en el bolsillo y sacó un sobre. “Pastor Samuel, use esto para comprar lo que necesite para este excelente ministerio”.

El pastor Samuel abrió el sobre y miró el cheque. Alfredo pensó que debía de ser mucho dinero, porque sus ojos se abrieron como platos y se llenaron de lágrimas.

Tras un largo aplauso y griterío, la mujer comenzó a hablar. “Tenemos una entrega más que hacer”, dijo Janet. “Una chica de los Estados Unidos envió algo con nosotros. Era algo especial para ella, y nos pidió que encontrásemos a alguien especial a quien dárselo. Hemos hablado con el pastor Samuel y hemos visto los partidos de hoy, y sabemos quién debe ser la persona que reciba este regalo”.

El pastor Samuel sonrió abiertamente mientras decía: “Alfredo, ven aquí”.

La multitud se hizo a un lado, abriendo paso para que Alfredo pasara al frente. El Sr. Tim comenzó a aclamar. Los otros se unieron, y Alfredo no podía dejar de sonreír. Cuando llegó donde estaban los misioneros, quedó con una mirada fija.

Un balón de baloncesto.

Su propio balón de baloncesto.

“Este balón es también un regalo de Dios”, dijo Alfredo. “Él me salvó y me sanó. Y ahora ha hecho que mi sueño se haga realidad”.

Cuando el clamor comenzó a calmarse y la multitud a dispersarse, Alfredo le hizo una pregunta al pastor Samuel. “¿Le dijo a los Neal que me dieran el balón porque sentía lástima de mí?”

“¿Estás bromeando?” dijo el pastor Samuel. “Nadie se esforzó más que tú. ¡Fuiste asombroso!”

“Pero no anoté la mayoría de los puntos, ni conseguí muchos rebotes. ¿Por qué la gente me aclamaba tanto?”

El pastor Samuel se detuvo a considerarlo. “Alfredo, ¿has oído la historia sobre el equipo de Timor Oriental que enviaron a las Olimpiadas del año 2000, y cómo los aclamaba todo el estadio?”

Alfredo se rió. “Sí, he oído esa historia”.

“¿Por qué crees que todos en el estadio se pusieron de pie y les aplaudieron?”

“Porque eran unos magníficos atletas”.

El pastor Samuel agitó su cabeza negativamente. “Hijo, no ganaron ni una sola medalla, pero representaban a un país que había pasado por un tiempo horrible y se había negado a tirar la toalla. La gente aclamaba por aquello que los atletas representaban. Y hoy, tú jugaste bien, pero ganaste el premio porque jugaste de una forma que glorificó a Dios. Por eso todo el mundo te aclamaba”.



Alfredo se fue a casa entre sus orgullosos padres, rebotando su nuevo balón en la calle de tierra hasta su casa. Pensaba en todos los cambios que se habían producido en su vida en la semana pasada, y le susurró una oración de agradecimiento a Dios. Sabía que a pesar de lo que sucediera en Timor Oriental, su futuro estaba asegurado.

Ahora, no podía esperar a entrenar para las Olimpiadas!

# HECHOS SOBRE TIMOR ORIENTAL

- En 1999, Timor Oriental fue desgarrado por terroristas antiindependentistas que dejaron cientos de muertos y destruyeron el 70% de los sistemas económicos de esta pequeña nación. Cientos de miles de personas huyeron del país. Las tropas internacionales llegaron para restaurar la paz, pero el camino hacia la recuperación sigue siendo difícil.
- A pesar de los retos que tuvo que afrontar el país, Timor Oriental envió una delegación de cuatro atletas a las Olimpiadas del año 2000 a Sydney, Australia. Al entrar los atletas al estadio, todos los presentes se pusieron de pie y aplaudieron. El equipo de Timor Oriental quedó completamente abrumado por la calurosa recepción.
- En el momento de escribir este libro, los jugadores de tenis en silla de ruedas de Timor Oriental están entrenando para los Juegos de las Olimpiadas especiales. Sólo tienen una silla de ruedas (una donación de alguien desde Australia) para entrenar y deben tomar turnos para usarla.
- Más del 60% de la población de este país tiene 18 años de edad o menos. Muchos jóvenes no tienen suficiente dinero para asistir a la escuela y también carecen de trabajo. Algunos de ellos están desilusionados por el estado de su país y se involucran en revueltas y en actos de violencia.
- Este es el entorno en el que ha entrado la Iglesia del Nazareno para llevar la esperanza de Cristo. Una de las muchas formas en que la iglesia está alcanzando a la gente es a través de centros juveniles que ofrecen clases de inglés gratis, estudios bíblicos y eventos deportivos. Muchos jóvenes se han apartado de la brujería y la adoración primitiva a la naturaleza y han aceptado a Jesús. Dios les ha transformado en cristianos llenos de energía que dan testimonio a los que tienen a su alrededor. Sobre un joven así está basada esta historia.
- El personaje de LaTeasha también está basado en una chica joven que les pidió a sus amigas que llevaran regalos a su fiesta de cumpleaños no para ella, sino para muchachos del otro lado del mundo. Su generosidad permitió a los misioneros nazarenos regalarle un balón de baloncesto a un chico que había orado durante mucho tiempo para conseguir uno.
- Timor Oriental ahora se llama oficialmente Timor-Leste.